

abrigo de las montañas entre Leitmeritz y Tetschen, y se incorporara al príncipe de Schwartzberg en Tœplitz; en que, contando éste entonces doscientos mil hombres, se pondría en marcha y, limitándose á amagar el desfiladero de Peterswalde, desembocaría por Commotau y sobre Chemnitz en Sajonia; en que, ejecutando Blücher al mismo tiempo vivas demostraciones contra Dresde, se escondería á la vista mediante un rápido movimiento sobre la derecha, iría á pasar el Elba por Wittemberg, y obligaría á Bernadotte á cruzarlo por Roslau; en que uno y otro se remontarían por entre el Mulda y el Saale sobre Leipsick, mientras el príncipe de Schwartzberg descendiera al mismo punto, siguiendo el curso de estos dos ríos; y en que todos propenderían á juntarse en los alrededores de Leipsick para dar una batalla de gigantes. El peligro evidente de esta maniobra, muy bien comprendido por tales discípulos y enemigos de Napoleón, consistía en que éste los acometiera antes de la unión general de las fuerzas de la coalición. Pero, inflamando el estado mayor de Blücher á todos en la pasión de que se sentía animado, se determinó arrostrar cualquier peligro, pues al cabo se necesitaría exponerse á uno grande para venir á parar á un gran resultado. Sólo si ofrecióse en la marcha peligrosa que se iba á emprender mucha prudencia, y una desesperada energía así que se empeñase la batalla.

Tales eran el saber militar y el odio implacable á que Napoleón había empujado á todo el mundo, hollando con sus plantas á Europa ya hacía catorce años.

Una vez adoptado el plan, se procedió á su ejecución sin demora. El general Benningsen penetró en las gargantas de Zittau el 17 de septiembre, y del 22 al 23 ya estuvo en Tœplitz. Blücher había informado secretamente á los generales Tauenzien y Bulow de sus proyectos, estrechándoles á ocupar mucho á los franceses delante de Wittemberg, Torgau y Grossenhayn, y personalmente se agitó de continuo en torno de Dresde para ocultar el gran movimiento que preparaba por su derecha hacia el bajo Elba.

Esta agitación incesante sobre nuestro frente, las apariciones de los corredores de Thielmann y de Platow sobre nuestra derecha y nuestra espalda, los preparativos de paso hacia el Elba inferior más abajo de Torgau, y finalmente, la estación avanzada, señales eran más que suficientes para inspirar á Napoleón la idea de sucesos graves y cercanos. Siempre había creído que, no pudiéndosele acometer de frente en su posición de la capital de Sajonia, se aspiraría á rebasarlo ó por su derecha desembocando de Bohemia, ó por su izquierda cruzando el Elba inferior, ó quizá por ambos puntos á un mismo tiempo. Tanto deseo experimentaba de un acontecimiento decisivo, que había llegado á ansiar maniobras semejantes, no imaginando que una batalla en que se hallara personalmente y con todas sus reservas pudiera ser otra cosa que un desastre para sus enemigos, y no hallando peligrosa más que aquella táctica de idas y venidas, que tanto había ya agotado á sus tropas, y mermado algún tanto su inmenso prestigio. Ello sí, de continuo tenía abiertos los ojos, á fin de que no se le sorprendiera, y de caer á tiempo sobre el primer temerario que se aventurase á su espalda.

Fuertemente conmovió su atención el 22 de septiembre una porción de pequeños sucesos.

Según se ha visto, el mariscal Marmont, engrosado con la caballería de reserva del general Latour-Maubourg, fué situado en Grossenhayn para proteger los convoyes de víveres que subían hacia Dresde, y los convoyes de heridos que bajaban de este punto. Esta precaución obtuvo muy buen resultado: un cargamento de harinas llegó á la capital de Sajonia, y numerosos heridos fueron trasladados á Torgau sin ningún accidente. Pero de pronto la caballería ligera del general Chastel fué atacada por la gruesa caballería del general Tauenzien y vivamente repelida. Al propio tiempo el general Bulow, que bombardeaba á Wittemberg, hizo además de echar un puente en los alrededores de esta plaza; y más arriba el general ruso Sacken, que formaba la derecha de Blücher delante de Dresde, operó diversos movimientos muy aparentes. Adivinando Napoleón desde luego el plan de los coligados, figuróse que toda aquella agitación de Dresde á Wittemberg ocultaba una tentativa de Blücher sobre el bajo Elba, y al instante se puso en guardia. Desde sus últimas marchas sobre Kulma durante los días 15, 16 y 17 de septiembre, se había quedado en acecho y pronto á lanzarse sobre la orilla derecha ó sobre la orilla izquierda del Elba, según asomara algún temerario por la una ó por la otra. Inmediatamente dejó su puesto, fué á Dresde, y mandó á Macdonald que practicara con sus tres cuerpos un reconocimiento á fondo, y empujara á todo trance al enemigo sobre Harta y aun sobre Bautzen, para saber si Blücher estaba allí ó no á punto fijo. Napoleón puso en noticia de Macdonald que le seguiría en persona con una porción de la guardia, á fin de operar vigorosamente contra el ejército de Silesia, si aún se hallaba en las mismas posiciones.

Por tanto se dirigió allí personalmente, y este reconocimiento de todos los cuerpos franceses del ejército de Macdonald contra los diversos cuerpos del ejército de Blücher, comenzado el 22 de septiembre y seguido el 23 hasta Bichofswerda, reveló la presencia de Blücher con las mismas fuerzas en los mismos lugares. Efectivamente, se capturaron prisioneros pertenecientes á los tres cuerpos de Langerón, de York y de Sacken, y Napoleón dedujo que se había dado demasiada prisa á atribuir designios audaces á sus enemigos, y casi dudó de ellos á causa de suponerlos hartos pronto. El general Blücher usó de una ficción inútil para engañarle, y fué la de enviar á las avanzadas, por medio de un parlamentario y para su hijo prisionero, una carta escrita de su puño y fechada en Bischofwerda (1). De esta suerte

(1) Mr. de Muffling en sus interesantes Memorias apraude esta ficción sobremanera, y cree que la vigilancia de Napoleón se adormeció con la feliz idea de esta carta. Este es un error craso, y la correspondencia militar prueba que, si Napoleón padeció engaño, aunque en muy corta medida, fué por la presencia de los tres cuerpos del ejército de Silesia, que aún no habían abandonado su posición en los días 22 y 23 de septiembre. Esta es una nueva demostración de los azares de la guerra, puesto que un acto de alta previsión por parte de Napoleón produjo el resultado que pudiera producir la impresión misma, según se verá en breve. No es este un motivo para estimar y practicar menos la vigilancia, pero sí para decir que, aun duplicando la atención y el celo, existe una Providencia superior que desbarata á veces los cálculos más profundos, y aun para buscar en causas más altas, en la justicia ó la injusticia de la causa que se defiende, el secreto del mal éxito del genio á la hora en que despliega sus más eminentes facultades. (N. del A.)

esperó persuadir mejor á Napoleón de que nada había sufrido cambio en las disposiciones de los coligados y que nada lo sufriría. No fué esta carta, á la cual no se dió importancia alguna, sino otra circunstancia más seria, la presencia en Bischofswerda de los tres cuerpos del ejército de Silesia, la que sin inducir á Napoleón á engaño, sin impedirle que creyera en el plan que había adivinado al golpe, le dispuso simplemente á juzgar su ejecución menos próximo que lo estaba sin duda. Hallando aún á Blücher los días 22 y 23 de septiembre por delante, no dedujo que permaneciera allí siempre, sino que no partiría tan pronto, y adoptó disposiciones menos inmediatas, aunque igualmente juiciosas, que las adoptara en otro caso. Así determinó restringir su posición más todavía y dejar delante de Dresde el 11.º cuerpo solo, que el mariscal Marmont había mandado directamente de continuo, y satisfacer á este mariscal descargándole del mando del 3.º, del 5.º y del 8.º. Envió al 3.º del general Souham á Meissen, pequeña ciudad situada junto al Elba, más abajo de la capital de Sajonia. A Marmont con el 6.º cuerpo y á Latour-Maubourg con la gruesa caballería trasladólos desde Grossenhayn al mismo punto, á fin de que estuvieran más á la mano para llevar socorros á Ney en el caso de que hacia Wittemberg ó Torgau se intentara pasar el río. Al 5.º cuerpo de Lauristón le atrajo á Dresde, y encaminó el 8.º de Poniatowski hacia la calzada de Waldhein y de Leipsick para que ayudara á Lefebvre Desnoettes contra los corredores de Thielmann y de Platow, y formara la cabeza de columna del ejército si convenía caer á la espalda sobre las fuerzas enemigas procedentes de la Bohemia. Así Napoleón tomó sus precauciones en el verdadero sentido de los designios de los coligados, aunque sin darse prisa, según se ha dicho, por no creer que estuviesen tan próximos á su realización como lo estaban realmente.

A estas providencias añadió otras demostrativas de que un vago presentimiento le advertía de que tal vez la guerra se trasladaría junto al Rhin muy pronto, ó al menos junto al Saale. Con efecto, prescribió al general Rogniat, quien dirigía el arma de ingenieros del grande ejército desde la captura del general Haxo, que reedificara las defensas del Saale sobre Mesemburgo, y estableciera allí puentes para tener segura en este río una línea de retirada. Ordenó que de Dresde á Leipsick, de Leipsick á Erfurt, de Erfurt á Maguncia, se practicaran las evacuaciones de todos los heridos y enfermos que pudieran ser conducidos por tierra, y también quiso que á los oficiales heridos y con medios de emprender la marcha á su costa se les hicieran ciertas insinuaciones para decidirles á que tomaran la vuelta del Rhin, si bien dedicando sumo esmero á no dar visos de alarmantes á estas instrucciones. Previendo que la guerra sería larga y encarnizada, redactó un decreto para la recluta de ciento veinte mil hombres entre las clases anteriores á los años de 1812, 1811 y 1810, y otro para el alistamiento de ciento sesenta mil sobre la quinta de 1815, anticipada de este modo en dos años. Ya estaba en los depósitos entera la de 1814. Con los refractarios, á quienes las columnas movilizadas estaban dando caza, calculaba elevar este alistamiento á trescientos mil hombres, y ejecutándolo por el otoño, esperaba tenerlo disponible en el invierno y pronto á

pelear por la primavera. También redactó el discurso que la emperatriz regente debía dirigir en esta ocasión al senado, recomendándola que fuera en persona, y celebrara así una especie de solio de justicia, inútil de seguro para sojuzgar á un cuerpo, cuya sumisión no debía de faltar hasta la caída del imperio. Finalmente comunicó órdenes directas al ministro de la Guerra para que pusiera en estado de defensa las plazas del Rhin y sobre todo las de Italia. No obstante, aun prescribiendo estas medidas de prudencia sobre sus fronteras, dió contraorden relativamente á los vastos acopios de víveres que mandó hacer el duque de Feltre en el Rhin á tenor de la carta de Mr. de Basano, citada antes, obrando así con el objeto de ahorrar á las poblaciones funestas alarmas, prematuras en su concepto.

Mientras Napoleón adoptaba estas disposiciones, los coligados ejecutaban más pronto que lo supuso su doble movimiento sobre Leipsick por el Elba inferior y por la Bohemia. Haciendo el príncipe de Schwartzberg que le precediera una columna austriaca, marchaba de Tœplitz á Commotau, y Blücher después de permanecer inmóvil delante de Napoleón los días 22, 23 y 24 de septiembre, se ocultaba de pronto para descender el Elba desde Dresde hasta Wittemberg. A fin de disimular mejor su movimiento, llevó adelante su derecha, formada por el general Sacken, y le ordenó que dirigiera un fuerte ataque contra Meissen, proponiéndose desfilar con su centro y su izquierda por detrás de esta derecha presentada tan aparentemente y cortar á Wittemberg de este modo. Luego pensaba retirar su derecha y reunirla delante de Wittemberg, por donde quería cruzar el Elba.

Emprendió la operación el 25 de septiembre, y mientras Sacken acometía á las avanzadas de Macdonald por un lado y á las de Marmont por otro, se puso en marcha hacia el Elba inferior. Para reemplazarle delante de Dresde dejó el cuerpo ruso de Sherbatow, fuerte de ocho mil hombres, así como la división ligera austriaca de Bubna, fuerte de diez mil y encargada de la custodia de Zittau, cuando el príncipe Poniatowski se hallaba sobre este punto. Este cuerpo de diez y ocho mil hombres era bastante para engañar á los ojos más experimentados, sobre todo después de un reconocimiento como el del 22 y 23 de septiembre, que debió parecer á Napoleón completamente demostrativo. De este modo logró el general Blücher abstraerse á nuestras miradas, y durante los días 26, 27 y 28 de septiembre se encaminó á Wittemberg sin ser visto. Al pronto el ataque vivísimo de Sacken se tuvo por inexplicable, y fué interpretado como un medio de tantear la izquierda de Macdonald, y quizá como el indicio de una próxima tentativa contra el campo atrincherado que teníamos delante de Dresde. Napoleón ordenó reforzar esta izquierda para ponerla á cubierto de todos los esfuerzos del enemigo.

Pero coincidiendo la marcha del general Blücher con otros movimientos de los generales Tauenzien y Bulow, y del mismo príncipe de Suecia, no se pudo escapar á la vigilancia del mariscal Ney, contra quien iban dirigidas todas estas operaciones. Vió á Bulow echar un puente en Wartemburgo y mantenerlo allí muchos días, á los otros cuerpos del príncipe de Suecia preparar los medios de efectuar el paso, ora por Barby, ora por Roslau,

y no osando oponerse á estas diversas tentativas con treinta y seis mil hombres, de miedo de atraerse no menos de ochenta mil encima, se contentó con resistir más particularmente al paso intentado cerca de Wartemburgo, por ser el más próximo á Dresde y de consiguiente el que importaba impedir con más empeño. Al punto escribió á Napoleón para enterarle del estado de las cosas, y anunciándole como ejecutándose entonces, ó próximo á ejecutarse dentro de pocos días, el paso del Elba entre Wittemberg y Magdeburgo por fuerzas considerables.

No eran menos significativos los sucesos á la parte de la Bohemia. El general Lefebvre Desnoettes había emprendido con algunos miles de jinetes la persecución de Thielmann, quien, entrando en Sajonia por el desemboque de Carlsbad á Zwickau, dirigióse sobre Weissenfels cual si quisiera cortar nuestras comunicaciones con el Saale. Al pronto el general Lefebvre-Desnoettes le hizo sufrir muchos descabros y le repelió hasta Altenburgo. Pero, desembocando Platow en este momento con sus cosacos y con cinco mil austriacos, tres mil de ellos de caballería, atacó de frente á Lefebvre Desnoettes con más de diez mil hombres, mientras que á beneficio de un movimiento rápido le cogía Thielmann por la espalda. No pudo salir Lefebvre-Desnoettes del apuro más que replegándose sobre Leipsick y sacrificando algunos centenares de hombres. Este descabro fué reparado muy luego por el príncipe Poniatowski, quien repasando el Elba y retrocediendo hasta Frohburgo con el 8.º cuerpo y el 4.º de caballería, cayó sobre Thielmann y Platow á su turno, les mató cuatrocientos hombres y les cogió prisioneros trescientos. Estos diversos choques, alternativamente venturosos ó desgraciados, tuvieron la ventaja de ilustrarnos perfectamente acerca de la marcha del enemigo, y pudimos ver sobre los desemboques de Commotau á Chemnitz, de Carlsbad á Zwickau, fuerzas muy distintas de las de los partidarios, pues en estas dos direcciones reconocimos las cabezas de columnas del grande ejército de Bohemia, compuestas á la vez de rusos, de austriacos y de prusianos. Además el anuncio de su aproximación se hallaba divulgado en toda Sajonia. Si Napoleón pudo concebir algunas dudas, no sobre la esencia de los proyectos del enemigo, sino sobre la época de su ejecución, ya no debía tener la más pequeña según estas noticias, procedentes al mismo tiempo del bajo Elba y de las fronteras de Bohemia. Evidente era que sobre su izquierda el ejército del Norte, reforzado por Blücher, acaso cruzaba el Elba inferior á fin de remontarse hacia Leipsick á lo largo del Mulda; que sobre su derecha el ejército de Bohemia, cruzando las montañas de esta comarca, descendía hacia Leipsick siguiendo también el curso del Mulda, y que á continuación de trasladarse los dos ó los tres á la orilla izquierda del Elba, iban á procurar cogerle por la espalda. Por lo que hace al ejército de Silesia, que á la sazón representaban el general ruso Sherbatow y el general austriaco Bubna delante de Dresde, se podía creer que aún no había abandonado su posición, y que se mantenía delante de la capital de Sajonia para detenernos sobre este punto.

Pero Napoleón no se dejó engañar por estas falsas apariencias, y al punto empezó un doble movimiento para dirigir sus fuerzas sobre los dos puntos que el ene-

migo amenazaba al mismo tiempo, de modo de situarse con sus reservas entre los dos ejércitos coligados, y de caer sobre uno ó sobre otro, según el que estuviera más á su alcance. Ya había enviado al príncipe Poniatowski detrás de Dresde, sobre la vía de Leipsick por Waldhein y Frohburgo, desde donde le fué dado contener á Thielmann y á Platow. Igualmente llevó detrás al 5.º cuerpo de Lauristón, ya disponible á consecuencia de no quedar más que el cuerpo 11.º de Macdonald delante de Dresde, y dirigióle sobre Mittweyda para servir de apoyo á Poniatowski. Tiempo hacía que el 2.º cuerpo del mariscal Víctor se hallaba en Freyberg, vigilando los desemboques de Bohemia en Sajonia. Napoleón le envió todavía más lejos, haciéndole avanzar hasta las inmediaciones de Chemnitz. Estos tres cuerpos, á los cuales estaba agregado el 4.º de caballería, apostados á una marcha unos de otros, se podían reunir velozmente, y presentar al enemigo una primera masa de cerca de cuarenta mil hombres. Napoleón añadióles el 5.º de caballería, que acababa de confiar al general Pajol, á fin de que tuviesen medio de tomar lenguas á mayor distancia, y los puso á todos bajo las órdenes de Murat. Retrogradando hacia la Thuringia, debían seguir á lo largo de la falda de las montañas de Bohemia, y avanzar con precaución de modo de hallarse entre el grande ejército del príncipe de Schwartzenberg y Leipsick de continuo. El mariscal Marmont, establecido en Meissen, más abajo de Dresde, con el 6.º cuerpo y el 1.º de caballería, recibió orden de volver á pasar el Elba y de replegarse sobre Leipsick, dejando en Meissen el tercer cuerpo del general Souham, que fué enviado sobre este punto desde que se verificó la concentración en torno de Dresde. Apostado así el mariscal Marmont en Leipsick con más de treinta mil hombres de infantería y caballería, podía en caso necesario ir al lado de Murat ó bien unirse á Ney junto al bajo Elba, si apremiaba más el peligro por este lado. Una marcha necesitaba para incorporarse á Murat y dos para dar á Ney la mano. Si con sus treinta mil hombres acorría á Murat, subieran á setenta mil sus fuerzas; y á igual número se elevarían las de Ney, que con las de Dombrowski juntaba cuarenta mil hombres, si Marmont le llevaba el socorro; y de esta manera se iban á preparar dos reuniones considerables contra los ejércitos de Bohemia y del Norte, siendo Leipsick el centro de interposición entre ambos. Cuando los movimientos del enemigo, aún confusos, se vieran en claro del todo, dejando á Saint-Cyr y al conde de Lobau en la capital de Sajonia, quería Napoleón retrogradar personalmente con los cuarenta mil hombres de la guardia, con Macdonald, con Souham, que desde Meissen se le incorporaría en el camino, y marchar así con un refuerzo de setenta y cinco mil hombres en apoyo de una ú otra de sus dos principales reuniones. Si el peligro amenazaba más del lado de Murat correría á su lado, juntando así una masa de ciento cuarenta mil hombres; si arreciaba del lado de Ney iría en su auxilio y reuniría igual porción de tropas. En ambos casos tenía bastantes en su concepto para obtener sobre una ú otra hueste, y aún quizá sobre las dos, una después de otra, una victoria decisiva. Si evacuando á Dresde, salvo el volver allá después del triunfo, se atraía los treinta mil hombres de Saint-Cyr y de Lobau, podían casi igualar en fuerzas al ejér-

cito de Bohemia y reunir contra los del Norte y Silesia una superioridad abrumadora. Tales eran sus cálculos, y en el estado presente de las cosas era imposible formarlos más hábiles y mejor entendidos.

Habiendo sido encaminados los cuerpos de Poniatowski, de Lauristón, de Víctor y el 4.º y el 5.º de caballería á las órdenes de Murat en dirección de Mittweida y de Frohburgo, y los cuerpos de Marmont y de Latour-Maubourg en dirección de Leipsick, estuvo pronto Napoleón á juntarse á los unos ó á los otros á la primera señal con setenta y cinco mil hombres. Algunos meses de sueldo hizo pagar á los oficiales que padecían mucho, y proporcionó el dinero necesario de su tesoro, hallándose el del ejército exhausto. Hizo dar zapatos á los soldados, preparar sus parques de municiones, y disponerlo todo en suma para un movimiento general. A Leipsick había llegado una columna de ocho ó nueve mil hombres de batallones y escuadrones en marcha; y dispuso que se quedara allí para guardar la ciudad en unión de los destacamentos que ya tenía el general Margarón en ella; y por último llamó además al cuerpo de Augereau, que al principio fué destinado á tranquilizar y á contener á la Baviera amenazada por un cuerpo austriaco. Este cuerpo de Augereau, que debía constar de más de treinta mil hombres, fué sucesivamente debilitado para enviar destacamentos hacia el Elba. Ya no ascendía más que á doce mil hombres, tres mil de ellos antiguos dragones de España. Así y todo, la presencia de este cuerpo en Wurzburg fué de algún efecto sobre Baviera, á la cual procuraba Austria atraer á la coalición entonces, ora con amenazas, ora con halagos. Pero, conociendo Napoleón que en los campos de Leipsick se decidiría la suerte de la guerra, y que allí todas las fidelidades serían definitivamente consolidadas ó rotas, no vaciló en llamar á Augereau á este punto. Habiendo dictado estas disposiciones durante los días 28, 29 y 30 de septiembre, aguardó con los ojos y los oídos abiertos sobre cuanto iba á pasar en torno suyo.

Entretanto los coligados llevaban adelante la ejecución de sus designios. Habiendo dejado Blücher, según se ha visto, á los generales Sherbatow y Bubna para figurar en su lugar delante de Dresde, y habiendo hecho desfilar su centro y su izquierda por detrás de su derecha, que fingía un ataque sobre Meissen, llegó delante de Wittemberg el 30 de septiembre. Allí reemplazó al cuerpo de Bulow, partido para incorporarse al ejército del Norte, y sin demora aceleró sus preparativos de paso. Al propio tiempo envió á decir á Bernadotte, apostado á una ó dos marchas más abajo, que se debía aprestar á cruzar el Elba, pues él esperaba estar á la orilla izquierda dentro de dos días. No habiendo cesado de pertenecer Wittemberg á los franceses, mal podía operar por allí el paso. De consiguiente se previno á echar un puente algo más arriba, esto es, en Elster, en el mismo punto donde el general Bulow lo había intentado algunos días antes. Allí hizo conducir barcas el 1.º de octubre, y habiendo establecido un puente, desembocó el día 2 sobre la orilla izquierda. Pero necesitaba tomar la posición de Wartemburgo, y era difícil forzarla, pues ya el general Bulow había encontrado tal resistencia que se vió obligado á recoger su puente, no creyendo que pudiera servirle y no queriendo abandonarlo á los franceses.

Advertido el mariscal Ney por sus reconocimientos de la presencia del enemigo sobre la orilla izquierda del Elba, apresuróse á enviar allí al general Bertrand con el cuerpo 4.º á fin de impedir el éxito de esta tentativa de paso, como lo hizo poco tiempo antes. No habiendo aún recibido el 4.º cuerpo la división de Guillemín que le tocaba en la distribución del cuerpo 12.º, se hallaba compuesto solamente de la división francesa de Morand, de la división italiana de Fontanelli y de la división wurtemberguesa de Franquemont, no formando en totalidad más de doce mil hombres. Pocos eran contra los sesenta mil que tenía Blücher bajo su mando; pero á menudo son capaces de compensar todas las desigualdades del número el terreno, la habilidad y la sangre fría. Un ejemplo memorable hubo de esta verdad en la presente coyuntura.

Al aproximarse el Elba á Elster forma un recodo muy pronunciado, y envuelve así un terreno bajo y pantanoso, situado á la orilla izquierda. Sobre este terreno se halla el viejo castillo de Wartemburgo. A fin de ponerle á cubierto de las inundaciones, levantóse tiempos antes un dique, apoyado en los dos lados del Elba á semejanza de la cuerda de un arco. Habiendo cruzado el enemigo por Elster el Elba, si trataba de pasar más lejos, tenía que seguir un camino que iba á parar perpendicularmente al seno del dique. Situado el general Morand en el castillo de Wartemburgo, y en el punto en que se unen el camino y el dique, le tocaba naturalmente la tarea más ardua. Algo más á la derecha se hallaban los italianos, y del todo á la derecha en la aldea de Bledin los wurtembergueses.

El general Morand, uno de los tres héroes del cuerpo de Davout, cuando existía este cuerpo glorioso, tomó sus disposiciones con una sagacidad admirable. A sus cuatro ó cinco mil franceses situólos detrás del dique, donde estaban cubiertos hasta la cabeza como detrás de un parapeto, y á la izquierda, sobre la eminencia arenosa del castillo de Wartemburgo, dispuso toda su artillería. Así aguardaba, á semejanza de un cazador en acecho, la presencia de los prusianos.

Con efecto, en la mañana del 3 de octubre desembocaron por el puente echado en el Elster el día antes, y avanzaron bizarramente por el camino sin prever el terrible recibimiento que les estaba reservado. Se les dejó llegar cerca, y cuando ya estaban á tiro de fusil muy corto, les asaltó de improviso y les diezmó cruelmente un fuego que partía de todos los puntos del dique y abarcaban su columna entera. Al par agregóse al fuego de la fusilería el de la artillería, y fueron arrollados en desorden sobre el puente.

No se podían detener ante este obstáculo, con las pasiones que les animaban, ni los generales ni los soldados. A la carga tornaron y siempre fueron acogidos del mismo modo y derribados en número bastante, sin que ni siquiera lograran llegar al dique. Blücher obstinóse y no consiguió más que hacer morir una porción más considerable de soldados suyos. Molestado por el fuego de la artillería establecida sobre nuestra izquierda, ideó contrabatirla con otra situada á la orilla opuesta del Elba. No por esto se desconcertó nuestra artillería, antes bien asestó parte de sus piezas contra la batería sobre el camino, transformado muy luego en un verdadero campo de matanza.

Este combate duró cerca de cuatro horas, y cinco mil enemigos yacían sobre aquella pantanosa llanura, cuando al cabo el general Blücher tuvo la idea de dirigir sobre nuestra derecha un ataque vigoroso contra la aldea de Bleddin, defendida por los wurtembergueses. Habiendo remontado la columna de ataque la orilla del río al amparo de algunos árboles, asaltó á Bleddin con furia, como que era el solo camino que podía abrirse al ejército de Silesia, y acabó por arrebatársela á los wurtembergueses, que no pasaban de dos mil hombres. Al verlo el general Bertrand lanzó á la brigada de Hullot de la división de Morand sobre el flanco de la columna enemiga. Esta brigada arrolló á tres batallones y los hizo pedazos, si bien para salvar á Bleddin llegó demasiado tarde, pues ya se encontraba allí establecido el enemigo. De consiguiente, el general Hullot vióse obligado á tornar junto á la división de Morand y detrás del dique.

A no ser por este último ataque al descubierto, nuestras pérdidas no pasaran de unos cien hombres; pero la tal salida nos costó de doscientos á trescientos. Por su parte los wurtembergueses, defendiendo á Bleddin con detenido, perdieron cierto número de soldados. A pesar de todo sólo tuvimos quinientos hombres fuera de combate, al par que tuvo de cinco á seis mil el enemigo. Este soberbio lance, uno de los más notables de nuestras largas guerras, y que honraba mucho á los generales Bertrand, Morand y Hullot, no podía impedir, sin embargo, que desembocara el ejército de Silesia, caída ya la aldea de Bleddin en sus manos. Así el general Bertrand hubo de retrogradar sobre Kemberg, para acercarse á Reynier y á la división de Dombrowski, establecidos desde Duben hasta Dessau á lo largo del Mulda. Por los prisioneros se supo que se acababa de tener encima á todo el ejército de Silesia, que de esta suerte había pasado el Elba, y se hallaba sobre la derecha de Ney. Otros reconocimientos nos revelaron que el ejército del Norte había empezado á pasar el Elba por más abajo de Wittemberg, de Roslau á Barby, y que por consiguiente Ney le tenía sobre su izquierda. Véase cuál era la configuración de los lugares donde estos dos ejércitos propendían á juntarse contra el cuerpo del mariscal citado.

El Elba, que desde Dresde á Wittemberg corre oblicuamente del Sudeste al Noroeste, desde Wartemburgo á Roslau, y casi hasta Barby, corre del Este al Oeste, ó de nuestra derecha á nuestra izquierda con relación á la posición recién tomada por nosotros. Desde Wittemberg á Barby recoge el Elba primeramente al Mulda, que desagua hacia Dessau, y después al Saale, que desagua cerca de Barby mismo. Así el mariscal Ney tenía sobre su derecha el Elba, corriendo lateralmente hasta Wittemberg, por el frente al mismo Elba, declinando hacia este punto y pasando por delante, y luego á su izquierda el Mulda desliziándose hacia Dessau para desaguar en el Elba. Por tanto Ney se hallaba entre Blücher, que había pasado el Elba sobre su derecha por Wartemburgo, y Bernadotte, que, habiendo cruzado el Elba por más abajo de la confluencia del Mulda, remontaba este río sobre su izquierda. Verdad es que tenía la ventaja de poseer todos los puentes del Mulda, pues había conservado á Duben, á Bitterfeld y á Dessau, y de estar así en aptitud de maniobrar sobre las dos márgenes de este río, y de poderse cubrir á su amparo, ora contra Blü-

cher, ora contra Bernadotte. Por desgracia apenas contaba cuarenta mil hombres, al par que Blücher tenía sesenta mil bajo su mando, y que Bernadotte reunía algo más de este número, aun después de dejar á Tauenzien en custodia de sus puentes. Entre estas dos masas se condujo con prudencia suma, procurando maniobrar de modo de mantenerlas separadas, y de poder retrogradar velozmente hacia Leipsick remontando el Mulda. Durante este tiempo Blücher y Bernadotte aspiraron á verse, y se vieron al cabo para concertar su plan de operaciones, y concordaron en abandonar las márgenes del Elba tan luego como lo pudieran hacer sin peligro, para trasladarse detrás del Mulda, ó remontarlo hasta Leipsick. Pero uno y otro, después de cruzar el Elba delante de los franceses, se querían proporcionar una puerta de salida, construyendo el uno en Wartemburgo y el otro en Roslau cabezas de puente sólidas del todo, á fin de volver á pasar con seguridad el Elba, si se mostraba adversa á las armas de la coalición la fortuna. Para atender á estos cuidados de primera necesidad les hacían falta de tres á cuatro días.

Mientras sobrevinían estos sucesos entre el Elba y el Mulda, el mariscal Marmont, á quien autorizaban sus instrucciones para acudir al punto donde el peligro le pareciese más inminente, apresuróse al primer llamamiento del mariscal Ney á abandonar á Leipsick y á descender el Mulda con su cuerpo de ejército y con la caballería del general Latour-Maubourg. Se detuvo en Eylenburgo, detrás del mariscal Ney que se había replegado sobre Duben.

Por su parte Murat, encargado de observar los desemboques de la Bohemia, avanzó con Poniatowski, Lauristón, Víctor, y el 4.º y el 5.º de caballería desde Mittweida hasta Frohburgo, siguiendo á lo largo de la falda del Erz-Gebirge, y cubriendo á Leipsick. A la sazón se veían claramente las cabezas de columna del ejército de Bohemia, y desembocaban en dos masas principales de Commotau sobre Chemnitz, y de Carlsbad sobre Zwickau. Ney, Marmont, Murat, comunicaron á Napoleón exactamente cuanto pasaba ante sus ojos.

Napoleón recibió el 5 de octubre por la mañana el parte del excelente combate de Wartemburgo, y en el curso del propio día el pormenor de todos los movimientos operados por sus diversos cuerpos de tropas. Como se le decía que la masa, que se había presentado en Wartemburgo y conseguido cruzar por allí el Elba, la formaba el ejército de Silesia, al punto hizo ejecutar un nuevo reconocimiento delante de Dresde, esto es, más allá del Elba, y supo que la seguridad fundada sobre los reconocimientos del 22 y del 23 de septiembre se resentía de engañosa, pues Blücher acababa de desfilarse del 25 al 30 para trasladarse á Wittemberg.

Desde entonces era notorio que sólo se tenía delante en Dresde una cortina de tropas, y que, juntos sobre el Elba inferior los dos ejércitos de Silesia y del Norte, lo habían cruzado para remontar unidos las orillas del Mulda hasta la altura de Leipsick, ínterin el grande ejército de Bohemia iba á bajar allí por las montañas, lo cual debía traer consigo dentro de breve plazo la muy prevista reunión de todas las fuerzas de la coalición sobre nuestras espaldas.

Napoleón no apareció ni conmovido ni turbado. Este

era el anuncio de lo que deseaba ardentemente, es decir, de una batalla general, y en su confianza no temía más que una cosa; que los coligados, después de tan atrevido movimiento, carecieran de valor para persistir en la empresa y trataran de ocultarse á la vista. No era dudoso que para marchar sobre ellos se necesitaba retrogradar desde Dresde. Sólo surgía la cuestión de averiguar sobre cuál de las dos masas caería primero, á fin de batir una tras otra, y tampoco le hizo vacilar un instante. No estaba próximo á llegar á Leipsick el ejército de Bohemia, y por otra parte Murat con cuarenta mil hombres, debiendo hallar en Leipsick doce mil poco más ó menos, y recibir los doce mil de Augereau muy pronto, de cuyo modo juntaría en totalidad sesenta mil hombres, podía cubrir á Leipsick en posiciones sucesivas y ganar algunos días de esta suerte, ínterin Napoleón, que sólo necesitaba tres marchas para trasladarse á Duben, junto al Mulda, tuviera tiempo de lanzarse entre Blücher y Bernadotte, de abrumar á uno y á otro, y de revolver luego sobre el ejército de Bohemia y de batirle á su turno. Si no le esperaba este ejército que tantas veces había asomado sólo para ocultarse casi al instante, y se apresuraba á tornar á Bohemia, en vez de correr en su busca, se daría á perseguir á Bernadotte y á Blücher vencidos, los acosaría con la punta de la espada hasta la capital de Prusia, realizaría así su proyecto favorito de alargar una mano auxiliadora á las guarniciones del Óder y del Vístula, y probablemente en este caso transferiría el teatro de la guerra al bajo Elba, donde tenía los dos poderosos puntos de apoyo de Magdeburgo y de Hamburgo.

Estas eran las eventualidades más felices, y aunque todavía se mostraba Napoleón muy confiado, no estaba tan ciego que no admitiera también las eventualidades adversas, y sobre todo al ver el encarnizamiento de los coligados. Con esta previsión envió al general Rogniat á Mersemburgo, para proporcionarse allí medios seguros de retirada sobre el Saale. Si los sucesos eran no funestos, mas sí indecisos, se replegaría sobre el Saale y establecería allí su nueva línea de operaciones por más ó menos tiempo, según los medios de resistencia que allí encontrara.

En estos diversos casos todo parecía propender á la evacuación de Dresde y de la parte del Elba comprendida entre Torgau y Koenigstein. Con efecto, si después de vencer al ejército de Silesia ó del Norte, se iba Napoleón á establecer del todo sobre el bajo Elba, ó si se veía obligado á pasar el Saale de nuevo, por haber experimentado reveses en Sajonia, de uno ó de otro modo debía renunciar á Dresde. Bien es verdad que, si después de batir á los dos ejércitos de Silesia y del Norte, lograba asimismo vencer al de Bohemia, se hacía dueño de la campaña hasta el extremo de no serle necesario evacuar punto alguno. Pero este era el caso más avorable, y la prudencia no permitía que se contara bastante con su realización, hasta hacerlo base de los cálculos para las operaciones. Napoleón dispuso las cosas de modo de hacer su movimiento completo y de evacuar hasta la ciudad de Dresde. De consiguiente, la mañana del 6 de octubre hizo partir á toda la joven y vieja guardia hacia el bajo Elba, esto es, hacia Meissen. Sobre Torgau había marchado el tercer cuerpo de Souham al primer rumor del combate de Wartemburgo. Igual-

mente mandó á Macdonald que partiera del campo de Dresde á Meissen, yendo á lo largo de la orilla derecha, lo cual no ofrecía peligro, no estando ya el ejército de Silesia en los alrededores, y proporcionaba además la ventaja de obstruir la orilla izquierda.

Cerca de setenta y cinco mil hombres contaban la guardia y los cuerpos de Souham y de Macdonald, que al cabo de dos días iban á estar próximos á Ney, y de tres sobre el enemigo. En Dresde quedaban el primer cuerpo del conde de Lobau, el 14.º de Saint-Cyr con siete divisiones y cerca de treinta mil hombres; fuerza considerable que en las diversas hipótesis que acabamos de enumerar no se necesitaba en la capital de Sajonia, y que sobre uno de los campos de batalla, donde se esperaba trabar la pelea, podía y debía decidir la victoria. Napoleón hizo llamar al mariscal Saint-Cyr, y le causó una gran satisfacción al exponerle sus miras, pues además de que este mariscal opinaba lo mismo que Napoleón ahora, se mostraba aprensivo de que se le dejara en Dresde. En seguida trazóle cuanto debía ejecutar para el abandono de este punto. Ante todo evacuaría sucesivamente á Koenigstein, Lilienstein y Pirna, levantaría todos los puentes establecidos en estos diversos parajes, reuniría todas las barcas que los habían formado, conservaría parte de ellas en Dresde, para el caso de que allí se tornara, y enviaría á Torgau las demás, cargadas de víveres, de municiones y de heridos. Aun practicando estas cosas, tan semejantes á una evacuación definitiva, había de decir el mariscal Saint-Cyr en alta voz que no pensaba en abandonar á Dresde, y que se iba á establecer allí por el contrario, valiéndose de este lenguaje para apartar á los moradores de la veleidat de agitarse. Terminadas estas disposiciones y mantenidos en pie sus treinta mil soldados, á la primera señal debía levantar el campo é incorporarse á Napoleón por Meissen. Tales fueron las instrucciones dadas á este caudillo. ¡Y ojalá fueran observadas! ¡Probablemente cambiara la suerte de Francia y del mundo!

Aún faltaba explicarse con la corte de Sajonia. Sin caer en la inhumanidad, y verosíblemente tampoco sin peligro, no se podía dejar en Dresde y en medio de tantos riesgos á esta corte tan tímida y tan poco acostumbrada á los horrores de la guerra. De esta suerte se la expondría á ser testigo de un ataque formidable y rechazado por medios extremos, ó si se la llevaba consigo, quizá se la haría asistir á alguna horrible batalla, como jamás la habían visto los hombres. Cruel era la alternativa. Napoleón dejó á su elección el continuar en Dresde ó el acompañarle al cuartel general. El buen rey Federico Augusto, que ya no veía otro arbitrio que el de enlazarse á la fortuna de Napoleón, prefirió su compañía á la de uno de sus lugartenientes, y estar en medio de doscientos mil hombres mejor que en medio de treinta mil tan sólo. Así expresó el deseo de seguir á Napoleón, adondequiera que fuese. Había, pues, que resolverse á llevar tras de sí á esta corte numerosa, llena de viejos, de mujeres, de niños, porque había hermanos, hermanas, sobrinos, personas dignas y respetables y acostumbradas á la vida más apacible y más arreglada, levantándose, comiendo, acostándose, y encomendándose á Dios siempre á las mismas horas, y trayendo á la memoria, salvo el escándalo, la sencillez, la igno-